



Un foso relleno y sembrado.

en Ciudad Real. Debía estar en la iglesia para que sirviera de admiración a todos y devoción de quien quisiera. Si gustáis del escalofrío de la emoción, visitad la Plazuela de las Monjas «Terrerías» la noche de Jueves Santo. Lo sentiréis cuando se llena de luces amarillas de cera, de saetas, y Jesús pasa por ella con toda la grandeza de su Pasión. ¡Aquel Nazareno de San Pedro! Las monjitas, sobrecogidas de místicos arrobos, con sus hábitos blancos, como palomas blancas, lo ven, lento y abrumado, desde las celosías del torreón conventual. Antes de llegar a la plazuela, en la calle del Lirio, delante de pequeña y retorcida reja, cada año Jesús parece detenerse y mirar dentro para hacer cierta la leyenda bonita de la conversión de la judía de Barrionuevo que allí situó Bernabéu, el galano poeta local hace muchos años merto.

PLAZUELA DE DON AGUSTÍN SALIDO (1)

A un lado de esta larga plazuela —mitad plaza polvorienta, mitad calle mal empedrada— quiere asomarse la iglesia de las Dominicas. Se empuja para verla y no lo consigue. Unas pocas acacias

macilentas y unos desvencijados blancos, con asimetría de boca desdentada colocados, son su único adorno. Es la plazuela menos evocadora del barrio perchelero, pero aun así y todo, en el extremo opuesto al Convento de las Dominicas nos da una de las estampas de más color de Ciudad Real. Entre dos esquinas que angostan su salida, la plazuela de Santiago, su vecina, se insinúa. Al fondo la iglesia parroquial, recia, severa, blanqueando como nieve y pardeando de caliza y ladrillos, con su atrio cuadrado y su torre cuadrada encaperuzada de negro, y, arriba, el cielo. El cielo azul y unas nubes blancas este día. La casita pueblerina de la esquina izquierda se arruinó; en su lugar, ¿quién puso aquel tarugo alto y rojo y pardo, sin formas ni proporciones que parece casa moderna —en un barrio viejamente antiguo!— y sólo es pecado capital contra la estética y el tipismo?

Hace unos años en ese Convento, que se empuja y no llega, podíais deleitaros con el hermoso grupo escultórico de la Virgen del Rosario y Santo Domingo de Guzmán.

Vino el siglo pasado, del desaparecido Convento de frailes predicadores, y en la última convulsión española lo destruyeron.



La bicha, como aldabón, que bien podría figurar en un Museo.



La «Porterita», quizá la imagen de María más antigua que hay hoy en Ciudad Real.

capitel, ruinoso, de pizarra negra, deja ver su esqueleto y parece impotente para soportar la veleta. La blancura de la pared parroquial contrasta con el pardo de las tejas curvas patinadas de líquenes y musgos; con las pardas paredes de la capilla de la Blanca —siempre la monotonía solemne de lo blanco y de lo pardo en la llanura manchega!— y horas y horas del día son dueñas las palomas de esta pueblerina plazuela, pobre, encantadora, so-

Hay fiestas para esta plazuela. Lo son la tarde de San Antón —¡oh aquellas redondas «caridades» del Santo con azúcar y anís!—; la tarde de Viernes de Dolores, cuando retornaba, llorosa, humilde, después de recorrer el barrio, aquella gran Mater Dolorosa, que nos quitó la guerra y hoy es otro simulacro bello, pero no tanto; la tarde de Jueves Santo, plena de penitentes encapuchados y rojos, de luces, de misticismo; la noche de la bendición de Santiago, con música y cohetes y visitas al Santo, porque el polvo, el calor, los chupones y arropías, las avellanas, el vinazo y



La Plazuela de las monjas «Terrerías» con su vetusto convento al fondo.

Yo guardo un recuerdo emocionado de simpatía para esta feota plazuela. Es un recuerdo de mis años infantiles. En un balcón de la casa número 1, que hace esquina a la calle del Refugio, gocé mi primera impresión celeste, y hasta celestial. En una noche fría vi, refulgente, al cometa «Halley». Olía a cochura reciente de bollos y magdalenas. Desde entonces la plazuela se une, en mi recuerdo, al cometa brillante de los Reyes Magos, aromado con incienso de azúcar tostada que desperdiciaban los bollos, las magdalenas, los bizcochos «baños», del horno que hubo en una casa de la acera de la solana de la plazuela de Don Agustín Salido...

PLAZUELA DE SANTIAGO.

Desde la puerta de la casa del sacristán una acacia clorótica, clavada en el empedrado, vela ante el atrio de ladrillo de la iglesia de Santiago. La cuadrada torre, tal vez torreón de defensa del antiguo Pozuelo de Don Gil, ha perdido las campanas, tiene herrumbroso y parado el reloj, y el picudo

El Convento de las Dominicas, que se empuja y no llega a ver la plaza de Don Agustín Salido.



Entre dos esquinas, que angostan su salida, la Plazuela de Santiago, su vecina, se insinúa.